



Las nuevas viviendas incorporan desarrollo urbanístico en la localidad y deparan bienestar a las familias.

La novedad de Mayajigua

Más de 40 familias afectadas por el huracán Irma estrenaron confortables viviendas y una vida distinta

Texto y foto: José Luis Camellón Álvarez

Hay relatos que conmueven, pero la historia de Yoanna Milián Martos estremece solo de escuchar su voz entrecortada y mirarle el rostro empapado de lágrimas de gratitud. No es el llanto de aquella mañana de septiembre del 2017 cuando regresó al barrio de La Campana, en Mayajigua, y vio su rancho rípiado por los vientos del huracán Irma; es un regocijo que le anuda la garganta al verse en una “casa de verdad, es que todavía me parece mentira que vivo aquí”, dijo con el pecho apretado por la emoción.

“Jamás imaginé tener una vivienda así; el día que llegamos los niños abrían las llaves, la ducha..., imagínese, comodidades que nunca habíamos tenido, vivíamos cargando agua de un pozo, yo no sabía lo que era tener una meseta decente en la cocina; mire, la vida de mi familia cambió totalmente; ahora cuando pasó la tormenta tropical Laura mi esposo me decía en plena madrugada: ‘Yoanna, me parece mentira que no tengamos que empezar a recoger las cosas para irnos para otro lugar’. Agradecidísima de mi Revolución y sepa, periodista, que estas lágrimas son de la inmensa alegría que siento”.

CON TECNOLOGÍA SANDINO

Las 44 viviendas de tecnología Sandino enclavadas en el reparto Frente Norte de Las Villas —una zona de desarrollo de la localidad— permitieron solucionar igual cantidad de derrumbes totales causados por Irma, al beneficiarse familias de los Consejos Populares de Mayajigua, Nela y El Río.

Estas casas, sin estar exentas de fisuras en la calidad constructiva, son fruto del empeño estatal para, aun en medio de limitaciones económicas y financieras, seguir borrando la huella destructora que significó Irma para el fondo habitacional del municipio de Yaguajay, por mucho el más afectado de Sancti Spíritus; también una obra devenida polígono del renacer en la provincia de la tipología Sandino y que tuvo en las fuerzas constructoras del sistema de la Agricultura una expresión de trabajo y solidaridad.

Lázaro García Hernández, presidente del Consejo Popular de Mayajigua, adelantó a *Escambray* que en el reparto Frente Norte de Las Villas II está definido edificar 70 casas para dar solución a casos de derrumbes totales y las 44 ejecutadas en esta primera etapa se entregaron desde finales de julio pasado.

“Para estas personas el cambio es enorme, además, se trata de un barrio urbanizado, una obra bonita que ahora mismo es lo más novedoso en Mayajigua; tampoco en este pueblo se podrá olvidar el esfuerzo de esos constructores de la Agricultura que vinieron de muchas partes para

construir las casas; basta pensar que a esas familias Irma les destruyó la vivienda y ahora el Estado les entrega otra totalmente diferente para ver que la Revolución no abandona a nadie”, declaró García Hernández.

AHORA EMPECÉ OTRA VIDA

A los 80 años Hilda Suárez Díaz no deja de repetir: “Ahora empecé otra vida”; y revive aquella pesadilla llamada Irma que se ensañó contra su hogar en la loma de La Picadora; “hasta la cama me desbarató; luego la pasé mal en la facilidad temporal que me construyeron porque me mojaba; imagínate cómo me siento con esta casa nueva —narró en plena acera y con la escoba en la mano—, porque esto tenemos que cuidarlo y mantenerlo bonito.

“Hoy soy la mujer más feliz de la tierra, esta Revolución no deja desamparado a nadie y mi agradecimiento mayor es a Fidel por esta obra que nos dejó; tengo una casa como nunca pensé disfrutar y le puedo asegurar que es un palacio al lado de lo que yo tenía, ya no tengo que dormir con el cubo pegado a la cama para coger la gotera”, apuntó.

La gratitud se respira en todo el reparto; lo mismo en la familia de Yanay Clemente Varona, para quien “esto está buenísimo, no hay comparación con lo que tenía en Baños de los Brujos”; que en la vivienda de Yaquelín Lara Mirabal: “Vivía en La Legua, el ciclón no me dejó nada, esta es una casa fuerte, con agua, cuartos independientes, muy agradecida estoy”.

Pero la gratitud no emana solo de esas 44 familias que vieron concluida la zozobra que les causó el huracán Irma; con el regocijo a cuentas anda también Ramiro Rodríguez González, el delegado de la circunscripción que sirvió de plataforma al nuevo caserío, porque la construcción significó solucionar históricos problemas que afectaron por años a más de 160 habitantes de las casi 80 viviendas fundacionales del reparto.

Cuenta el delegado que nadie en Mayajigua quería venir a vivir a este barrio; “no había agua, las calles eran terraplenes de fango y los residuales tenían pésima situación, casi era un castigo permanecer aquí”.

Asociado a las nuevas viviendas para damnificados de Irma llegaron el asfalto a las calles, el agua por tubería a las casas y está a punto de terminarse la instalación del tanque séptico para la recolección de los residuales.

“Durante años —subrayó Ramiro Rodríguez— viví con esa presión de los electores arriba de mí planteando los mismos problemas, casi no me daban ganas de salir de la casa, aunque siempre tuvimos la esperanza; hoy Frente Norte es el barrio más lindo de Mayajigua y, fíjate las vueltas que da la vida, ahora viene gente de la otra parte del pueblo a ver si alguien quiere permutar”.

Para mí el dinero es un papel

Presta a jubilarse, María Josefa Gutiérrez Lorenzo, maestra de banqueros por más de cuatro décadas y federada destacada, asegura que su mayor capital ha sido la honestidad

Carmen Rodríguez Pentón

Dicen que banquero es la persona dedicada al negocio de intermediación financiera y la imagen que se tiene de ellas es que la mayoría son hombres, grandes personajes estirados y altivos que sirven a los poderosos.

Quizás por eso me sorprendió esta mujer de estatura pequeña y tan comedita que raya la timidez, dueña de una humildad que esconden 42 años como trabajadora bancaria y fundadora del Banco Popular de Ahorro en Sancti Spíritus.

Si alguien le hubiera dicho a María Josefa Gutiérrez Lorenzo, Fefita, cuando llegó al banco de la calle Independencia con solo décimo grado que la mayor parte de su vida transcurriría en esa instalación hubiera dicho que era un trabajo fugaz porque los números no eran lo suyo.

“En aquellos tiempos no se pedía tanto requisito, pero al final tuve que superarme y hubo un momento en que tuve que terminar la Facultad Obrera y Campesina para cumplir con lo que exigía la plaza. Al poco tiempo dominaba todo tipo de transacciones y aquí me quedé como la especialista comercial que hace los pagos a beneficiarios, los de comunidad matrimonial de bienes y a herederos, y al mismo tiempo abrir nuevas cuentas, entre otros trámites”.

Despacio comienza a abrir recuerdos y cómo fueron los primeros tiempos cuando no había computadoras, todo se hacía a mano, se archivaba en un tarjetero por orden alfabético y se llevaba un libro de registro con el número de las cuentas.

“Para calcular los intereses había que hacer horas extras y trabajar de noche, y aun así no nos equivocábamos. En pleno período especial, con los apagones, emigrábamos hasta la zona del Acueducto, donde casi nunca se iba la corriente, para poder hacer las transacciones.

A pesar de que confiesa que su vida ha sido el banco, solo a través de sus compañeros de trabajo se puede adivinar la maestra de todos los que

entraron después; para algunos esta mujer es una enciclopedia viviente, se conoce los archivos de memoria y está tan llena de este oficio que recuerda números de tarjetas de crédito y los códigos de los diferentes sitios; para otros es el sumun de la confiabilidad y de las pocas personas en el mundo financiero que pueden hacer todo tipo de trámites sin cometer un error.

Ella dice que es solo una espiritana común que se lamenta porque su precaria salud la obliga a pedir la jubilación.

“Nadie me dijo que me fuera y, a pesar de que tengo muchos padecimientos, entre ellos la diabetes, y ya cumplí 61 años, en medio de la etapa de pandemia nunca me fui a casa. Y pudiera trabajar en otro lugar más cercano a mi hogar, pero no puedo. Este es mi banco, el que yo fundé con otros compañeros”.

La historia de Fefita va más allá de una sucursal y se extiende a la delegación de la Federación de Mujeres Cubanas, organización a la que también dedicó su tiempo como dirigente de base, a la familia, en la atención a la escuela de su comunidad en el barrio de Colón, su vínculo con la CPA Ángel Montejo, a esa paciencia infinita que la llevó a ser la maestra de todos y a que los clientes la prefieran por su trato.

“Sé explicar a las personas, quizá por eso quieren venir conmigo, pero no me atrevo a hablar en público”.

Tras varias confesiones, asegura que nunca dejará de ser trabajadora bancaria y no pierde la esperanza de que, luego de un breve receso, pueda regresar a apoyar a “sus muchachos”, y tampoco dejará de contribuir en el incremento del uso de las tarjetas magnéticas para que la sucursal cumpla con los objetivos de trabajo de este año.

“No me canso de repetir cuánto me gusta este trabajo. Es difícil y de mucho cuidado, pero el banco siempre ha sido organizado. Aquí dos por dos es cuatro y no puede ni sobrar, ni faltar. Y ni hablar de la honestidad. Para mí el dinero es un papel que ni siquiera es mío, y lo ajeno se respeta”.



A María Josefa le cuesta jubilarse tras 42 años de trabajo en el sistema bancario.

Foto: Vicente Brito